



Núm. 2

30 ENERO 1888.

TOMO IV.



REVISTA  
DE  
ASTURIAS



CIENCIAS, LETRAS, ARTES.




SUMARIO:

*Europa en 1887*, por FLUGELN.—*Discurso leído en la apertura de la Academia en la Universidad de Oviedo*, por ADOLFO A. BUYLLA.—*Caracter y tendencias de los estudios históricos en nuestros días*, por Z.—*Interview*, por GENARO ALAS.—*La imaginación y el progreso científico*, por VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION: PUERTA NUEVA ALTA, 14.

Oviedo.



IMPRESION DE LA REVISTA DE ASTURIAS.



ESCRITORES  
DE LA  
**Revista de Asturias**

---

DIRECTOR  
**Don Genaro Alas.**

---

COLABORADORES

- |                            |                             |
|----------------------------|-----------------------------|
| D. Leopoldo Alas.          | D. Manuel Pedregal.         |
| › Félix Arámbaru.          | › Máximo Fuertes Acevedo.   |
| › Adolfo Buyla.            | › Francisco Gascue.         |
| › Fermin Canella.          | › Estanislao Sanchez Calvo. |
| › Adolfo Posada.           | › Julio Somoza.             |
| › Ricardo Acebal.          | › Braulio Vigon.            |
| › Atanasio Palacio Valdés. | › José Maria Polledo.       |
| › Armando Palacio Valdés.  |                             |

## NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Revista** corresponderá á los autores.*

---

## AUTORES Y EDITORES.

---

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*.



## EUROPA EN 1887.



(CONCLUSION)



siguiendo nuestra revista de los asuntos interiores de las grandes potencias europeas, encontramos á Alemania profundamente agitada en Enero y Febrero; tratábase de aumentar el ejército permanente del imperio con 40,000 hombres, y esto por siete años. En vano se ostentó ante el Reichstag el peligro de una guerra de revancha, provocada por el *chauvinisme* francés representado por Boulanger y Deroalde; 186 votos contra 154 rechazaron la famosa ley del septenado. Durante el plazo preparatorio de las nuevas elecciones, Europa temió muchas veces que el pretexto se convirtiera en realidad; pero, como no podía ménos de suceder, el gobierno llevó al parlamento una gran mayoría de liberales conservadores y nacionales, á expensas de los radicales, aunque no sin proporcionar la victoria á un respetable número de candidatos socialistas. Pasa como cosa corriente que el mejor auxiliar del gobierno imperial fué el pontífice romano; y aunque indudablemente Leon XIII aprovechó la ocasión de dejar ágracido al soberano protestante de muchos millones de católicos, al par que la de afirmar la vacilante paz europea, también es cierto que aun sin ésta ayuda, Bismark hubiera salido airoso de su empresa, sin mas que acudir al espíritu nacional. No puede desconocer ningún alemán que una guerra desgraciada sería no solo la ruina de la union alemana, sino también del estado, ya que no floreciente, al menos soportable de la Alemania; hoy figuran los alemanes como los menos recargados de contribuciones, comparados con los habitantes de Rusia, Francia, Austria é Italia; el recargo, que supone la adopción de la ley del septenado, es relativamente insign-



nificante. En cambio, una revancha feliz de los franceses no solo disolvería el imperio, y segregaría de él por lo menos la Alsacia y la Lorena, sino que el pago de algunos miles de millones de marcos, como indemnización de guerra, arruinaría el país acaso por muchas generaciones; pero el único medio para evitar la derrota, y acaso la guerra, es hacer el sacrificio de sostener la paz armada en condiciones tales, que los franceses y rusos pierdan toda esperanza de una campaña victoriosa. De esto están bien convencidos los alemanes, y por eso creemos que de todos modos el septenado se hubiera votado, como posteriormente se han votado las leyes fiscales relativas á azúcares y alcoholes, y como ahora se votará un aumento del tiempo de servicio, que refuerza el ejército de primera línea, la landwehr y la landsturm. Todo lo cual forma cuerpo con la política exterior, que ha dado lugar á la triple ó cuádruple alianza, que ya hemos mencionado; y que hoy por hoy debe considerarse por los neutrales como una sólida garantía de la paz europea, la cual á su vez, permitiendo el desarrollo y progreso de la unificación alemana, coadyuvará al predominio de las sanas ideas democráticas, y de sus racionales consecuencias socialistas.

Los asuntos interiores de Austria-Hungria aparecen siempre complicados para nosotros; basta considerar que este imperio tiene tres ministerios; el Cisleithano, ó ministerio austriaco, el Transleithano, ó ministerio húngaro, cada uno de ellos con su correspondiente parlamento; y encima el ministerio comun, creado en 1867, y que por un acuerdo reciente debe subsistir por lo menos hasta 1897. En conjunto puede decirse que la política interior está más influida por el elemento húngaro que por el austriaco; pero los rozamientos entre ambos elementos dan lugar á sucesos, que se aprecian final por extranjeros. De todos modos puede decirse que Austria está atravesando un mal periodo financiero, cuyo único remedio podría buscarse en la seguridad de la paz; pero á condicion de que ésta paz no fuera tan costosa como en realidad lo es; no puede pedirse una paz desarmada á una nacion, que tiene en su frontera oriental problemas de nacionalidad importantísimos, que está, digamoslo así, despojandose de su vestidura alemana para tomar puesto preponderante entre las razas más orientales; y que para cumplir esta mision fatal tiene que apoyarse en un imperio militar, amenazado él mismo, y que solo conceda su preciosa amistad á quien la merece, es decir á quien por sí mismo sea fuerte y decidido. Pero si hemos de atender á la historia, debemos confiar en que Austria irá caminando de occidente á oriente, sin perder nunca el alto rango que siempre debió á la cordura de subditos y gobernantes.

Italia tiene en este momento preocupaciones acarreadas por los sucesos del pasado año; figura en primer lugar la aventurada expedicion de Massonah, que se inauguró con una derrota del pequeño cuerpo expedicionario; á pesar de los buenos oficios de los



ingleses, debidos sin duda á remordimientos de conciencia, hoy se encuentra Italia empeñada en una guerra contra los abisinios, que puede serle sino fatal, de graves consecuencias. Pero la espina del novísimo reino de Italia será durante mucho tiempo la cuestión del poder temporal del Papa; parecía en estos últimos tiempos dormida, y aun el vulgo creía que el espíritu liberal de Leon XIII ayudaría á que los ánimos se fuesen acostumbrando al statu-quo; hasta la gran amistad del emperador Guillermo con el pontífice romano y el rey de Italia ofrecía garantías de la estabilidad de este modus vivendi. Pero los sucesos de fin de año, á que dió lugar el homenaje prestado por el síndico de Roma al Papa, con motivo de su jubileo sacerdotal, han probado que bajo la ceniza arde aun el ascua. Y en realidad para toda persona, que se que se despoje de sus ideas preconcebidas, y quiera buscar la solución probable del conflicto, la cuestión debe presentarse enigmática. Grande es el influjo de la idea de nacionalidad, y con arreglo á esta apenas se concibe un estado romano, interrumpiendo la continuidad de la nación italiana; pero no es menor la pujanza de la idea católica; y aun podemos advertir una reacción favorable á ella acaecida en estos últimos años, debida seguramente á multitud de causas, entre las cuales figura la influencia personal del actual pontífice. Y en pugna una idea de nacionalidad con una idea cosmopolita, es decir dos elementos reales y efectivos de la gran mecánica social, sería aventurado predecir desde luego el resultado del conflicto. Tal vez á este instinto del peligro, patentizado por el entusiasmo, que en el mundo católico despertó el jubileo pontifical, se deba la actitud hostil que el gobierno italiano adoptó en esta memorable circunstancia; tal vez al mismo se deba el ardor, con que Italia abraza la causa de las potencias centrales contra Rusia y Francia. De todos modos, lo que sí puede asegurarse es que la solución de la cuestión del poder temporal solo vendría como consecuencia de una guerra europea; pero que la continuación de la paz será la continuación del statu-quo.

Ni Rusia, ni Turquía, ni el resto de las naciones europeas, han sido teatro en el año finado de ningún gran suceso político, que merezca especial mención en esta sumaria revista; ni han caído reyes, ni ha habido revoluciones violentas ni pacíficas, y los gobiernos más ó menos liberales han seguido el curso ordinario, luchando con dificultades económicas, y espiando con alguna aprensión los progresos del socialismo recrudecidos por las primeras, y alentados por lo que se sabe del otro lado del mar; donde el movimiento socialista toma proporciones gigantescas, pero en nuestro concepto tranquilizadoras para todos los hombres de buena voluntad y de ánimo sereno, á los que el egoísmo no estorba la visión de la justicia.

Y por lo tanto pondremos fin á este trabajo dedicando un recuerdo á los hombres eminentes de la Europa, que en el pasado año abandonaron para siempre el teatro de sus terrenales glorias.

La necrología de 1887 no cuenta ningún nombre de primera

fila, pero abundan los nombres bastante conocidos fuera de las fronteras de sus respectivos países. Inglaterra perdió hombres políticos muy importantes como Lord Iddesleigh y Mr. Deresford; y el conocido diplomático Lord Lyons; inglés, aunque al servicio de Turquía era el general ó pachá Baker, é inglesa era una antigua estrella del canto Jenny Lind.

Francia perdió una de sus más simpáticas figuras políticas, Raoul Duval, y un marino eminente, el almirante Jaureguiberry. Rusia entera formó el duelo del periodista Katkoff, cuya influencia moral apenas cedía en nada á la del mismo Czar; en Roma fallecieron Mr. Deprettis, presidente del gabinete del rey Humberto; el cardenal Jacobini, secretario de Estado del papa, y el padre Beckx, general de los jesuitas. También murieron este año el famoso novelista Paul de Fébal, y Langewiez, cuyo nombre sonó tanto en 1863 al frente de los insurrectos polacos. La industria militar perdió desde sus más eminentes figuras, el prusiano Krupp, y el inglés Withworth.

Felizmente no figura en esta fúnebre lista, como era de temer, el heredero del imperio alemán, y de ello debemos congratularnos todos; pues mientras el estado de la política sea tal que de la vida de un hombre pueda depender la de innumerables criaturas, la salud de los poderosos no solo inspira el interés común, sino que es deseada ansiosamente, cuando aquellos son hombres cuerdos, aleccionados por la experiencia, y saben apreciar los beneficios de la paz por encima de las seducciones de una gloria, que ya el destino les hizo adquirir; hoy por hoy todos los europeos debemos decir ¡Dios guarde al príncipe imperial de Alemania!

FLUGELN.





## DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE LA APERTURA DE LA ACADEMIA  
DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO.



(CONTINUACION.)

En Alemania son sumamente comunes los viajes de los estudiantes. Los alemanes dice Montefredini, y particularmente los hijos de las Musas (Müssen Söhne) nombre con que son conocidos los alumnos de la Universidad tienen particular predilección por los viajes á pié (Fussreisen) que, dejando perfectamente libre á la persona, permiten descubrir y saborear todos los goces que proporciona la naturaleza. En las vacaciones de Pentecostés, durante esos ocho preciosos días, el estudiante, en vez de aburrirse en la monótona vida ciudadana, con la mochila á la espalda y el baston en la mano, hace su expedicion desde Bonn al lago de Laach, siempre azul, ó á Altenabor ó al monte Gifel; desde Leipzig á los bosques de Harz; desde Heidelberg á la célebre Selva Negra. Es sabido que en una de tales excursiones campestres el jóven Goethe estudiante en Strasburgo, conoció á Federica Isabel Brion que despues retrató en la Margarita del Fausto, tercera hija del pastor Juan, á quien olvidó andando el tiempo, y la cual requerida de amores por el poeta Lenz, no quiso romper su fé y murió abandonada en 1813.

Demasiado conocido es el régimen armónico á que se somete al jóven en Inglaterra. En este pais, reputado por el más práctico del mundo, no solo se estudia teóricamente sino que se realiza en todo su rigor, el sistema de la educacion omnilateral. Pocas horas de



estudio en la soledad y tristeza de una habitación cerrada; mucho ejercicio físico al aire libre; amplio espacio para toda clase de juegos que puedan conducir al desarrollo físico. Así vemos constituidas por todas partes sociedades gimnásticas, de excursiones á pié, de velocipedistas, de ginetes, de regatas, en donde los alumnos de las diferentes Universidades se presentan con sus distintivos á disputar los premios que á porfía conceden las más importantes corporaciones de la nación. Los resultados de semejante procedimiento educativo no pueden ser más fructuosos: las nuevas generaciones se distinguen por su robustez física, por sus buenas proporciones materiales; pero al propio tiempo sus trabajos intelectuales llevan el sello de la libertad de espíritu, de la originalidad, del ingenio, de la profundidad de criterio, de una actividad intensa, y, sobre todo de un sentido verdaderamente positivo y humano, que contrasta con la ligereza, la falta de interés y el predominio de lo fantástico é idealista, que son patrimonio, bien triste por cierto, de estas naciones neolatinas.

Dice Taine, en su interesante libro «Notes sur l' Angleterre, acerca de este punto: Sin duda el ejercicio muscular, así entendido, trae consigo cierta rudeza de costumbres; estudiantes y burgueses boxean en las calles, cuando llega la ocasión; pero, en cambio, la vida gimnástica y atlética tiene la doble ventaja de que atrasa el sensualismo pasional y pacifica la imaginación. Además, cuando la vida moral y mental se desarrollan, el alma encuentra un cuerpo más sólido y más sano. Los jóvenes que se pasean aquí con el singular traje tradicional (una chaqueta negra corta y una especie de chascás ancho) están llenos de savia y de fuerza, son de bella y franca presencia, bien formados y, en mi concepto, de una fisonomía menos inquieta y fatigada que nuestros estudiantes.....

Preciso es de todo punto que por estas tierras del Mediodía vayamos aprovechando y practicando lo que nos conviene en materia de educación; que no por huir de la exageración, muy justificada en los periodos de lucha con la Naturaleza, de exaltar el cuerpo, haciendo atletas capaces de vencer á los animales de más vigor, incurramos en el no menos perjudicial defecto de ensalzar el espíritu con olvido imperdonable del organismo funcional.

Hoy que comprendemos lo que son y valen el cuerpo y el espíritu, es llegado el periodo de combinar el ejercicio de ambos, y, por lo tanto, de prepararlos para esta compenetración, y á ello no con-

tribuirá poco esforzarse en propagar entre la juventud la práctica de la máxima: la salud es uno de nuestros primeros deberes. Spencer lo ha dicho: Pocos parecen comprender que exista algo en el mundo que pueda recibir el nombre de moralidad física. Las acciones y las palabras de los hombres implican en general la idea de que les es lícito tratar á su cuerpo como mejor les parece. Los males que se atraen por su rebelion contra las leyes de la Naturaleza, los consideran como accidentes, no como afectos de su conducta más ó menos viciosa.

Ahora bien: ¿cómo se lograría esta robustez del cuerpo, tan indispensable para que el hombre viva con la salud, vigor y lozania que garantizan su existencia toda y favorecen la actividad de su espíritu? Ya lo hemos dicho: nutriéndole alimentándole convenientemente, ingiriendo en el estómago sustancias en cantidad y calidad suficientes á compensar las pérdidas que á cada momento experimenta el organismo, contando muy particularmente con la evidencia de las siguientes verdades de necesaria aplicacion: «cuanto menor sea el trabajo digestivo, mayor suma de fuerzas se reserva para el acrecentamiento y la accion; el grado de energía física depende esencialmente de la naturaleza de los alimentos; la intensidad del pensamiento, la finura de la sensibilidad, y la decision de la voluntad están en razon directa del vigor muscular. No puede calcularse hasta donde influye en la salud corporal y espiritual el doblar ó triplicar la racion diaria de carne, sumamente exigua en España, y principalmente en estas provincias del Norte, y cuanto aumento en la energia espiritual produce una prudente cantidad de vino tomada á las comidas. Añádase á esto la frecuencia de la vida rural, cuyas ventajas hemos puesto de relieve; el aseo personal, y principalmente el empleo del agua fria, que aprieta la fibra muscular, habitúa el cuerpo á las bruscas sensaciones del ambiente exterior, y sobre todo tonifica en gran manera el sistema nervioso, que suele exaltarse con facilidad en la edad de la adolescencia. Y ya que los paseos y los juegos corporales, siempre preferibles, por verificarse al aire libre, por poner en accion todos nuestros músculos, por ofrecer amplia libertad, por ser tomados, no como una obligacion que repugna, sino como una diversion atractiva, no lleguen á ser tan frecuentes como fuera de desear, el uso metódico y bien dirigido de la gimnasia, muy en moda hoy y al cual fian algunos el desarrollo de las fuerzas físicas, el mejoramiento moral y hasta la

salvacion de la especie, de una decadencia inminente, producirá ventajosas consecuencias para la vida. Verdad es que la práctica de la gimnasia como elemento educativo de primer orden no pertenece ni con mucho á los presentes tiempos. Ya Aristóteles, en su célebre tratado de Política, decia: «Se ha demostrado que se debe pensar en formar las costumbres antes que la razon, y el cuerpo antes que el espíritu; de donde se sigue que es preciso someter á los jóvenes al arte de la *pedotricia* (arte de fortalecer el cuerpo) y á la gimnástica: aquella para procurar al cuerpo una buena constitucion y esta para que adquirirá soltura». Mas no parece propio y oportuno concederle la exclusiva importancia que algunos pedagogos le atribuyen, pues que, à parte las palpables desventajas que acerca de la falta de libertad—lo contrario de lo que pasa en los juegos corporales—hemos apuntado, encierra el gravísimo peligro de desarrollar excesivamente el cuerpo, quizá con detrimento del espíritu, como se observa en frecuentes y múltiples casos, y la no menor exposicion á desenvolverse fuera de toda norma y medida un determinado plexo muscular, dejando en relativa inferioridad otro acaso tan necesario para la armonía del organismo, como aquel. Preciso será, pues, usar de la gimnasia con mucha prudencia, y siempre bajo la direccion de personas inteligentes, que sobre conocer el influjo que los diferentes y múltiples aparatos al uso en el dia, ejercen sobre el sistema muscular, procurarán seguramente evitar los desgraciados accidentes, que son harto comunes en este género de ejercicios. Así escriben con gran oportunidad Bronwers y Donx, comisionados del gobierno Belga para estudiar la gimnasia escolar en Holanda, Alemania y los Países-Escandinavos: «Esta gimnasia (la de aparatos) es necesaria á los cuerpos de bomberos, á los marineros, á los militares, llamados muchas veces al asalto; para esos casos especiales tiene un valor real, indispensable.

Los partidarios de la gimnasia de aparatos, en vez de detenerse donde la utilidad acaba y el peligro comienza, y de seguir en este respecto los excelentes consejos de Pestolozzi, Salzmann, Guts-Muths, Vieth y Luig, cometieron el gran error de no haber mirado más que á las cosas maravillosas, á los saltos peligrosos, á los prodigios de fuerza que desgraciadamente parecen ser el fin que los gimnasiarcas aspiran á alcanzar. De ahí proviene ese hábito de traspasar la medida que conviene conservar en todas las cosas; há-



bitó que conduce al desenvolvimiento de algunos principales grupos de músculos, con exclusion de otros.»

Spencer, cuya competencia en estas cosas de la educacion es tan reconocida, manifiesta: «La gimnasia es inferior á los juegos como cantidad de ejercicio muscular y tambien, y esto es lo importante, bajo el punto de vista de la cualidad. Esa falta comparativa de placer, causa de que se abandonen al poco rato los ejercicios artificiales, influye para que estos no produzcan sino efectos mediores en el organismo. La idea vulgar de que, con tal de que se obtenga la misma suma de ejercicio corporal, importa poco que este sea agradable ó no, encierra gran error. La excitacion cerebral acompañada de placer ejerce en el cuerpo una influencia altamente benefica. Véase el efecto producido en un enfermo por una buena noticia ó por la visita de un antiguo amigo. Obsérvese como los médicos recomiendan á las personas débiles las sociedades recreativas. Recuérdese cuanto bien reporta á la salud el cambio de lugares. La verdad es que la felicidad es el más poderoso de los tónicos. Acelerando el movimiento del pulso, facilita el cumplimiento de todas las funciones, tendiendo á aumentar la salud, cuando se posee, y á restablecerla, cuando se ha perdido. De aquí la superioridad intrínseca del juego sobre la gimnasia.» (1)

(1) En este punto debemos hacer mencion especial del excelente trabajo presentado en la *Exposicion internacional de Sanidad* que se celebró en Lóndres en 1884 y publicado á sus expensas por el Reverendo E. Warre Director del famoso Colegio de Eton.

Es su autor, á quien tuvimos el gusto de conocer personalmente en nuestro viaje á Inglaterra en el verano de 1886, un sapientísimo maestro, un caballero cumplido y sobre todo un entusiasta defensor de los juegos de fuerza y destreza (athletics). Bien lo dejan comprender los magníficos parques de aquel establecimiento, dispuestos como ninguno para los diferentes géneros de *sport* que con singular complacencia de los jóvenes, se practican en la Gran Bretaña: los diversos y bien entendidos aparatos para la natacion y ejercicio de regatas que se admiran, en el rio que pasa por las cercanías de aquel gran Instituto de educacion, y sobre todo la inteligentísima direccion de que hace gala Mr. Warre en los diferentes juegos á que, radiantes de entusiasmo, se entregan los escolares.

Dicha obra titulada *Athletics: or physical exercise and recreation* es una erudita y acabada defensa, así como una agradable descripcion de los diversos juegos tan en moda hoy en los países civilizados.

Su autor despues de mostrar la importancia del desenvolvimiento del

La doble relacion que se advierte entre el cuerpo y el espíritu nos lleva como por la mano al estudio de otro punto de suma trascendencia en órden á la educacion física: nos referimos al exagerado cultivo de la inteligencia, que degenera en los tiempos actuales en un abuso de peligrosas consecuencias lo mismo para la vida del cuerpo que para la del espíritu. En efecto, la esperiencia nos muestra, bien tristemente por cierto, el poco aprecio que merece todo lo relativo á la cantidad, la duracion y la intensidad del trabajo intelectual en los jóvenes que se hallan precisamente en la época crítica de la vida; época de desenvolvimiento y de consolidacion orgánicas, en la cual un exceso de fatiga determina con seguridad ciertas enfermedades que puede comprometer gravemente la vida total de la persona ó la de un aparato funcional. Por eso se vé á todas horas jóvenes detenidos en su crecimiento, prodigios de finura, de ingenio, con una penetracion impropia de su edad, dotados de un entendimiento espléndido, que, lejos de continuar en su movimiento evolutivo se quedan rezagados, parece como que se cristalizan sus facultades; cuando no malogra en flor una atrofia desesperante, felicisimas disposiciones. O bien, causa grima esa pléyade de pequeños sábios y eruditos en agraz, en cuya memoria yace almacenada en confuso tropel y monton informe, indigesta mole de conocimientos aprendidos de prisa, mal digeridos y peor asimilados, que despues, en la vida plena ulterior, en vez de aprovecharles, les servirán de estorbo, porque tendrán que olvidarlos, si quieren lograr un resultado útil.

cuerpo para la vida ordenada del hombre (*mens sana in corpore sano*): despues de recordar en un capítulo muy bien hecho el interés con que la gimnasia se miraba en Grecia y Roma: insiste en la beneficiosa influencia que la atlética ejerce en el mejoramiento del individuo y de la sociedad: traza un cuadro acabado de los juegos gimnásticos en las escuelas y Universidades inglesas, pintando con vivos colores, la emulacion que existe entre las de Cambridge y Oxford, por ejemplo, cuando se celebran las memorables partidas de *oricket de lawntemús*, de *foot ball*, las regatas en el Támesis y por último describe minuciosamente el ejercicio del remo (*rowing*), del tiro, el paseo, el baile, y otros varios y termina, excitando la opinion pública para que influya á fin de que se establezca la atlética en las escuelas y se creen por todas partes clubs que la propaguen y practiquen como medio de mantener al hombre en perfecta armonía de cuerpo y de espíritu, y de mejorar la raza que degenera manifiestamente.

No hablaremos de la verdadera fiebre que se apodera de la juventud por acabar pronto una carrera, sacrificando à la brevedad del tiempo la solidez y la extension de los conocimientos: lo principal aquí es ser pronto abogado, ingeniero, médico, boticario, sacerdote, arquitecto, sin parar mientes en que el tiempo tiene límites infranqueables, y que el poder intelectual no es indefinido, antes al contrario se cansa y hasta se agota al menor abuso.

¿No sucede con demasiada frecuencia, por desgracia, que los que en las aulas han pasado plaza de buenos estudiantes no responden despues en el ejercicio de sus profesiones à lo que era de esperar de sus excelentes comienzos? ¿No se advierte en la mayor parte de los alumnos de nuestros establecimientos científicos una extension de conocimientos que daña las más de las veces à la intensidad de los mismos? ¿No se hace notar por desgracia en la emision de sus opiniones cierta vaguedad è indeterminacion que acusa bien à las claras la inseguridad de criterio? ¿No oimos à todas horas à personas competentes lamentarse de que no se concede à la enseñanza el cuidado, y sobre todo el tiempo, que son garantia de la madurez del juicio, ya que la ciencia no es cosa que se adquiere con rapidez eléctrica, sino à fuerza de reflexiones y de meditacion? ¿No es objeto de acerba censura, de los que conceden al vital asunto de la educacion y de la instruccion la importancia que realmente tiene, ese afan de dominarlo todo en un momento, que trae consigo por necesidad el convertir los estudios en una mera preparacion para hacer un exámen más ó ménos brillante? ¿No vemos, que, principalmente por esta razon, se clama, y con motivo sobrado, contra la manera usual de verificar las pruebas de curso? Pues este es quizá el lado poco peligroso de la cuestion; lo esencial está en que se mutilan inconsideradamente las felices disposiciones de los jóvenes, en que se malogran verdaderas vocaciones, en que se exprime sin piedad la sustancia de un cerebro tierno, sin formar todavia, haciendo en vez de hombres, momias inútiles, porque, como dice Vacherot, no se desarrolla tan precipitadamente la capacidad sino con gravísimo peligro de la facultad.

Importa, pues, mucho contener este movimiento, ya exagerado en nuestra pátria, porque no en vano pertenecemos à una raza entusiasta por naturaleza, impresionable por instinto y muy dada à alcanzar cuanto se propone brevi manu, y no cabe negar que nuestros pasos en la senda del perfeccionamiento resultan harto largos



para ser seguros. A evitar los grandes males que de tal precipitación proceden, tienden hoy los esfuerzos de los sábios pedagogos de todos los países.

No ha mucho tiempo que una de las personas más competentes de nuestro país en estos asuntos nos hacía notar cómo la tendencia pedagógica inglesa resumida en esta frase: «pocas horas de trabajo intelectual, muchas de tareas materiales» iba abriéndose paso y dominando a la alemana, y añadía, que observaba diariamente los excelentes resultados, de este método en los discípulos de la Institución libre de enseñanza. El que esto dice tuvo más de una ocasión de comprobarlo en los jóvenes de la expedición, que no ha largo tiempo recorrió nuestra provincia. Todos ellos se distinguían por su porte simpático y varonil; afrontaban resueltos y vencían fácilmente los obstáculos que surgen en la vida cotidiana; tenían, ya tan temprano, carácter; se conducían como hombres mayores, reflexivos sin petulancia, independientes sin orgullo, distinguidos, pero no afectados en los modales; no sabían mucho de muchas cosas, pero lo que sabían lo sabían bien: se conocía inmediatamente que sus maestros habían querido huir del peligro que señalaba. Montaigne en aquellas concienzudas frases: «Se aprecia, no al mejor sabio, sino al mayor sabio.» No cuidamos más que de llenar la memoria, y dejamos vacíos el entendimiento y la conciencia»: parafrasis del conocido proverbio latino non multa, sed multum. Buena prueba de la importancia que se concede al asunto en que nos ocupamos es que, en el último Congreso celebrado por la Asociación británica para el progreso de las ciencias y para la reforma de las leyes, en Huddersfield, se propuso por Mr. Teale, cirujano jefe del Hospital, agregado al cuerpo Universitario como examinador y miembro del Consejo superior médico, la cuestión: ¿Cuál es la influencia de los sistemas modernos de instrucción y educación pública sobre la salud general y el desarrollo físico de la infancia y de la juventud?

Comienza Mr. Teale por manifestar que ha visto la instrucción primaria convertirse en universal y obligatoria, y llegar a ser una verdadera institución del Estado; que ha visto también la instrucción secundaria y la instrucción superior desenvolverse y recibir, bajo la forma de subvenciones pecuniarias, ayudas a las cuales habían permanecido largo tiempo extrañas; que los diplomas universitarios son ya requisitos sine qua non para el ejercicio de

numerosas profesiones. Se trata de saber, dice si este conjunto de medidas produce resultados satisfactorios, ya en lo moral, ya en lo físico de los alumnos. Mr. Teale se limita á estudiar este último aspecto con escrupulosa atención tanto más necesaria, cuanto que al exceso de trabajo impuesto á los niños en las escuelas primarias, y á los jóvenes en las secundarias y superiores, atribuyen lo mismo los padres que las gentes ilustradas, el aumento considerable en la mortalidad de la población escolar y el recrudecimiento de las enfermedades mentales.

Mr. Teale apela á la estadística, y hace bien, porque en ella ha de encontrar la mejor demostración de los efectos del procedimiento instructivo-educativo. Comparados los períodos de 1838 á 1854 y de 1855 á 1880, resulta que en el último, ha habido un 30 por 100 de disminución en la mortalidad de los niños de cinco á diez años; que el número de las enfermedades también ha sido menor; y, por último, que no se registra más que un caso de padecimiento cerebral por cada 2.000 enfermos. Autorizado por tan elocuentes hechos, Mr. Teale preconiza el nuevo sistema escolar, que es en extremo favorable á la salud general de los niños y de los adolescentes, los cuales, aunque otra cosa no fuera, ocupan locales mucho más higiénicos que los que sirvieron de escuela á sus padres.

El verdadero peligro, añade Mr. Teale no está precisamente en el número de horas de trabajo, pues, aunque peque de excesivo, el niño ó el joven no experimentará ninguna consecuencia escesiva para su salud, si las tareas se cumplen en las condiciones de alegría variedad, y libertad de acción propia de la edad, si se tiene cuidado de no someterlos á una disciplina demasiado metódica, de no imponerles una carga que se hace pesada por la misma precipitación que la acompaña.

Lo que puede ser y es efectivamente un gravísimo daño, que compromete la vida física y moral de los jóvenes, es el sobrecargar su inteligencia con un montón de conocimientos heterogéneos, que no llegarán á digerir, ni asimilarse, en el poco tiempo de que disponen para adquirirlos; es el excitar en ellos, valiéndose de premios y de recompensa, ambiciones injustas y fecundas en decepciones.

Esta cuestión del *surmenage* intelectual como dicen los franceses ó del *over pressure* como escriben ingleses, así como de la necesidad de observar en los establecimientos de instrucción los preceptos de la higiene, preocupa gravemente á los sábios y

pensadores de todas las naciones cultas. En Francia sobre todo ha trascendido hasta la Academia de medicina que despues de oír en varias sesiones la autorizadisima opinion de médicos-higienistas que pasan por los primeros del mundo como Trélat y Hardy, ha votado las conclusiones siguientes:

«La Academia de Medicina llama la atencion del Gobierno sobre la necesidad de modificar conforme á las leyes de la higiene y á las exigencias del desarrollo físico de los niños y adolescentes, el régimen actual de nuestros establecimientos escolares.

»Que los colegios para alumnos internos deben instalarse en el campo: que deben reservarse para los recreos grandes espacios bien situados: que las salas de clase deben mejorarse bajo el punto de vista de la iluminacion y aireacion.

Sin ocuparse de los programas de estudios cuya simplificacion desea la Academia, insiste de una manera especial sobre los puntos siguientes:

«Aumento de las horas destinadas al recreo de los niños.»

Para todos los discípulos disminucion del tiempo consagrado á los estudios y á las clases, es decir á la vida sedentaria y aumento proporcionado del tiempo consagrado al recreo y ejercicio.

Necesidad de que todos los alumnos hagan ejercicios musculares cuotidianos propórcionados á su edad.

CONTINUARÁ

ADOLFO A. BUYLLA.

Profesor de la Universidad de Oviedo.



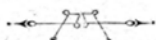




## CARACTER Y TENDENCIAS

DE LOS

### ESTUDIOS HISTÓRICOS EN NUESTROS DIAS.



#### I.

Luz de la verdad, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad llamó á la Historia Ciceron, seducido por los esplendores literarios de la Historia clásica y satisfecho con sus enseñanzas; suficientes sin duda para los romanos acostumbrados á considerar, si no como límites del mundo los de su pátria, como dignos de atención únicamente los sucesos que más de cerca la atañian; pues no se habia elevado aun el estudio histórico á las altas concepciones que habian de inspirarle las doctrinas filosóficas y más especialmente los dogmas del cristianismo. Para los fines de la vida romana bastaban ciertamente el desarrollo tradicional del maravilloso Estado y las singulares aptitudes de aquel pueblo del cual dijo con razon el poeta: *tu regere imperio populos, romane, memento*. De conjuracion contra la verdad calificó á la Historia el conde José de Maistre, quien envuelto en las ruinas del antiguo régimen, veia con dolor cuanto habia contribuido á la revolucion, resultado en parte de una evolucion reprimida, la falsificacion sistemática de la Historia convertida en arma de guerra contra instituciones é ideas que contaban por siglos su existencia; pues aun teniendo, como era natural en tan larga duracion, puntos vulnerables, todavia necesitaban para ser destruidas que se las desfigurára en su desarrollo histórico, contrarestando así

el prestigio propio de toda antigüedad y el que les dieran los beneficios reales en tan largo tiempo dispensados á las sociedades.

Cuando, pasada la tormenta, se serenaron los espíritus y pudieron darse al olvido antiguos males ante la realidad de los presentes; cuando nuevas instituciones hicieron desaparecer la necesidad de ocuparse en atacar las antiguas, quebrantadas en el terreno de las ideas y destruidas en la realidad de la vida; cuando calmadas las pasiones, excitadas por la lucha, dejaron ya los hechos históricos de ser arma de combate para convertirse en objeto de estudio, se percibió primero y se conoció despues cuanto habia sufrido la verdad en aquellas obras producto de las exigencias del momento, y la Historia dejó de ser escrita en libros de propaganda para quedar consignada en otros de carácter genuinamente científico. Natural era sin embargo que aquellas disertaciones, á las cuales podía tan perfectamente aplicarse el conocido verso de Voltaire *«et voilé justement comme on écrit l'histoire»*, despertasen en los espíritus cierta desconfianza y el natural temor á nuevas falsificaciones é imposturas.

Pero no fué esto solo: en la edad moderna surgió la idea de descubrir la filosofía de la Historia, como en los tiempos medios habia nacido la de encontrar la piedra filosofal; y no satisfechos con la investigación de las causas inmediatas de los hechos quisieron algunos buscar otras más generales, verdaderas leyes que explicasen el desenvolvimiento de los pasados siglos, que fuesen la razon del estado presente y como la clave de lo porvenir. Aspiracion ciertamente nobilísima de la inteligencia humana fué ésta nueva direccion que tomó la ciencia, cuya meta era averiguar la razon última de la Historia; pero el exámen de los resultados obtenidos permite ya afirmar no solo que el propósito quedó en la categoria de mera aspiracion, si no que desvió las investigaciones de su objeto propio y cambió el único método aplicable á este linaje de estudios.

No hay, en efecto, sistema alguno que satisfaga completamente á la razon ni que resista á la contraprueba de los hechos; siendo lógico que esto ocurra porque, ya se admita al hombre como sujeto de la Historia, ya se crea, como creo con íntimo convencimiento, en la intervencion de la Providencia divina, ya se proclame la cooperacion con el hombre de cualquier otro agente, siempre resultará la dificultad invencible de conocer y determinar *á priori*, en la region de las ideas abstractas, el sistema que habria de encontrarse despues desarrollado en la Historia. Son causas de esa imposibilidad la contingencia propia de las resoluciones de la voluntad humana, la de conocer, por las solas fuerzas de la

razon, los designios de la Providencia divina, ó la naturaleza íntima de cualquier otro agente que se suponga, y que además, en definitiva, siempre habría de cooperar con la voluntad del hombre.

De ahí la completa inanidad de los sistemas que se forjan por ese procedimiento, y que obedecen por regla general á ideas preconcebidas. Así un escritor que goza en España de tan inmerecida fama como de olvido en el extranjero desde este punto de vista y cuya obra sobre Historia universal ponen algunos como acabado modelo de obras filosóficas acerca de esta materia, parte de esta idea consignada en el prólogo:—La religion es la vida; y si la vida es progresiva ¿por qué no ha de serlo tambien la religion?— Establecida así como cosa inconcusa la identidad de la religion y la vida, se cree en el caso de afirmar de la una lo que pueda afirmarse de la otra. La falta de lógica, que desde luego se echa de ver en tan sencillo razonamiento, demuestra bien á las claras la ofuscacion que en el espíritu, por otra parte claro y agudo, de este autor producen las ideas preconcebidas, manantial siempre abundante de errores; y si tan fácilmente se deja seducir con el sofisma ¿qué habrá de esperarse del resto de la obra destinada á la demostracion histórica de la tesis con todas las consecuencias que de ella se derivan?

Así que la empresa, por su propia naturaleza imposible, de conocer y determinar *á priori* la filosofia de la Historia dió por resultado que el mitológico hecho de Icaro se haya repetido muy frecuentemente en la region de la inteligencia, contribuyendo á hacer más numerosas las caidas el que no fué siempre la pasion pura por la verdad lo que animaba á los inventores. Afortunadamente parece que ha pasado ya de moda este prurito de legislar para la humanidad pasada, presente y futura, quedando solo un resultado útil: el convencimiento de que los sistemas deben hacerse para los hechos y no los hechos para los sistemas; pues fué cosa aceptada por esos que se elevaban á la region, serena á veces y á veces turbia, de los principios el procurar sacar á salvo los suyos, y con ellos el amor propio, á costa de los hechos, inventados algunas veces tambien, y, cuando no, desfigurados y mutilados para amoldarlos á esas sabias concepciones que se convertian para los acontecimientos históricos en verdaderos lechos de Procusto.

No quiero decir con esto que se haya abandonado la Filosofia de la Historia; no se abandonó ni debe abandonarse: lo que sucede es que, aleccionados por repetidos fracasos, los espíritus se convirtieron á más modestas pretensiones, dándose por satisfechos con investigar las causas inmediatas de los hechos, con señalar

algunas causas permanentes, y procurando tener la Historia en su sentido más elemental para obtener despues por induccion su Filosofía?

Porque ¿cómo se puede conocer la Filosofía de la Historia sin conocer la Historia misma?

Mucho debió contribuir á que se perdiera la confianza en lucubraciones filosófico-históricas, más ó ménos brillantes, la palmaria demostracion del presuntuoso ignorar en que vivíamos, demostracion que hicieron de irrefutable manera los mismos acontecimientos de la Historia surgiendo con todos los esplendores de la verdad de entre la bruma de los tiempos, merced á descubrimientos verificádos en nuestro siglo, y relativos á imperios y naciones que tuvieron en la Historia misma escepcional importancia.

Hace poco más de un siglo publicó Beaufort su famosa disertacion acerca de la incertidumbre de las cinco primeras centurias de la historia romana atacando rudamente las narraciones de Titolivio y Dionisio de Halicarnaso; y si por entonces pudo haber alguna desconfianza respecto á los resultados obtenidos, tuvo que desaparecer necesariamente aquella cuando á principios del siglo actual Niebhur dió á conocer sus eruditas investigaciones acerca del mismo asunto, y especialmente cuando en nuestros dias publicó Mommsen su magistral Historia de Roma. Y adviértase que se trataba del Imperio romano, cuya larga duracion y relaciones íntimas con gran parte de los pueblos europeos debía hacernos su historia más conocida; cuyo derecho, llamado la razon escrita, fué durante siglos y es todavia hoy objeto de constantes y especiales estudios; cuya literatura, reflejo, como la de todos los demás pueblos, de su civilizacion en las diversas épocas, era perfectamente cultivada y conocida; cuyos monumentos quedaban en Italia y en las comarcas más apartadas como permanente testimonio de sus hechos; cuyo desarrollo intelectual debía inspirar gran confianza en las obras de sus historiadores; cuyas instituciones siguieron en parte rigiendo las sociedades europeas despues que el imperio fué destruido; cuya civilizacion penetró profundamente en muchas regiones de Europa.

Gran estupefaccion debió apoderarse de los espíritus al ver que era preciso relegar á la categoria de fábulas muchos de los hechos que habian pasado como incontrovertibles, y al observar cómo investigaciones nuevas presentaban con nuevo aspecto la fisonomia del pueblo-rey; pero aun no habrian vuelto en sí las inteligencias de tamaña sorpresa, cuando aprendieron que era preciso rectificar totalmente las ideas acerca de la Historia de otro pode-

roso imperio, asiento en la antigüedad de una gran civilización, que hizo llegar á nosotros la fama de un pueblo considerado como maestro por los cultísimos griegos. Me refiero al vetusto y misterioso Egipto, cuyos orígenes permanecen tan oscuros como desconocidos fueron hasta hace poco los del Nilo, su río sagrado, y cuya historia se había formado con los exactísimos, pero insuficientes datos suministrados por la Biblia, y con las narraciones helénicas; narraciones por diversas causas tan deficientes y poco conformes á la realidad, que según Mariette, de seguir las como se hizo hasta nuestro siglo, podría acaso incurrirse en errores tan crasos como los de tomar como sucesivas dinastías que habrían sido coetáneas y reinaron en las diversas regiones en que Egipto estuvo fraccionado: es decir que podría incurrirse en un error igual al que resultaría para la Historia de España creyendo sucesores de los reyes de Castilla á los monarcas de Navarra y antecesores estos de los Califas cordobeses.

La Historia de Egipto estaba sin embargo consignada en los numerosos papiros y monumentos que desde remota antigüedad se conservan cubiertos de geroglíficos, extraña forma de escritura en el país, y cuya significación, totalmente desconocida, fué determinada por Champollion mediante los estudios iniciados en la inscripción de Rosetta, donde en caracteres griegos y egipcios constaba un decreto del tiempo de los Ptolomeos. De este modo se descubrió el velo que ocultaba el pasado misterioso de aquel pueblo; y habiendo empezado á hablar los documentos y restos arqueológicos diseminados por todo el país con profusión verdaderamente pasmosa, mudos durante larga serie de siglos, pudo restaurarse la Historia de este imperio conocida ya hoy con tanta seguridad como puede serlo la de cualquier nación europea.

Si importante fué para el conocimiento de Egipto la inscripción de Rosetta no lo fué ménos para el de Asiria y Babilonia la de Behistum, donde en gigantesca roca trazó Darío Hystaspes la narración de su reinado en las respectivas escrituras y lenguas de los persas, medos y asirios, pueblos principales de su vastísimo imperio. Se leía desde principios del siglo la escritura cuneiforme de los persas, y por el estudio comparativo hecho en la inscripción trilingüe pudieron conocerse los elementos de la escritura y lengua asirias, llegando, mediante las eruditas investigaciones de Saulcy, Rawlinson, Oppert y muchos otros, á leerse con pasmosa seguridad, no solo las inscripciones, sino los numerosos escritos enterrados bajo los informes restos de Ninive y Babilonia, donde se encontraron hasta bibliotecas enteras.

Semejantes eran, y de iguales defectos adolecían, las fuentes



utilizadas para el conocimiento de los vastos imperios mesopotámicos, antes que en nuestro siglo se hubieran realizado los descubrimientos arqueológicos de Botta y Layard, á los que se empleaban para escribir la Historia de Egipto; así que fué preciso modificar por completo las narraciones clásicas, y convenir en que se vivía respecto al pasado de aquellos importantes Estados en profundísima ignorancia cuando no en lamentable error. Las series de monarcas que aprendimos al empezar años hace el estudio de la Historia no son ya las mismas hoy; y si esto sucedía respecto al número y sucesion de los reinados, hechos culminantes de la Historia de toda monarquía ¿qué habría de suceder relativamente á la Historia interna, importantísima siempre, de aquellas naciones tan influyentes y de tan gran renombre en la antigüedad.?

Revoluciones parecidas tuvieron lugar en la historia de Fenicia, de la India y de muchos otros pueblos orientales, que no menciono por no hacer demasiado largas estas indicaciones; completándose la reforma que sufrían los estudios con averiguaciones totalmente nuevas respecto á épocas remotísimas y que se conocen generalmente con el nombre de tiempos prehistóricos; palabra ésta que siempre me pareció impropia, que algunos proponen ya sustituir con la de *protohistóricos* y que tal vez debería ser reemplazada por la de *primitivos*, tan propia como castiza. Desde luego se echará de ver la facilidad que para las hipótesis y las conjeturas hay tratándose de tan apartadas épocas, las exageraciones á que se presta un asunto relacionado tan de cerca con la narracion mosaica, y las deducciones necesariamente erróneas que pudieron hacerse mediante la falsificacion de las fuentes, pues no hace mucho hicieron saber los periódicos como se daban por auténticos objetos positivamente apócrifos que se suponían extraídos de los lagos de Suiza y pertenecientes á las antiquísimas poblaciones lacustres. Pero no obstante estos inconvenientes, propios de todos los estudios arqueológicos, preciso es reconocer importancia á tales investigaciones, que suministraron á la ciencia datos apreciables, admitidos por la generalidad, y que no pueden ser rechazados sin manifiesta imprudencia; pues procediendo de fuentes relacionadas con las revoluciones y cambios geológicos no podrían ser negados sin suponer á la naturaleza cómplice de una superchería.

Véase, pues, como la Historia viene extendiendo sus dominios ó reformando el conocimiento de los que se habian creído definitivamente conquistados; pero aun en estos ¿cuánto falta por aprender todavía? Mucho, muchísimo se ha estudiado y se ha es-

critico acerca de la Historia, pero es incomparablemente más y de mayor importancia lo que queda por escribir y estudiar. Tan imperfecto es el conocimiento que, no en sucesos de escaso interés ó que hayan despertado hace poco tiempo la atención de los hombres pensadores, sino en acontecimientos de mucho bulto y de gran importancia, están divididas las opiniones de los sábios, afirmando unos resueltamente el hecho que otros niegan con no menor resolución. Podrían citarse de estos casos ejemplos numerosos, pero mencionaré muy pocos, en la seguridad de que cualquiera podrá comprender lo que sucederá en el resto de la ciencia histórica en cuanto se penetre del carácter y condiciones de los que paso á aducir.

Era doctrina corriente que las invasiones de los bárbaros, al mismo tiempo que destruían el Imperio romano, fueron echando los cimientos de las nacionalidades modernas; y esto no solo en cuanto dotaron á las diversas comarcas, en que se fraccionó aquel, de existencia subjetiva, de vida propia é independiente de todo poder exterior, si no porque mediante ideas, sentimientos y costumbres nuevos, en especial del orden político, habían variado sustancialmente el organismo de las sociedades, que entrando así en nueva edad histórica, habían de desarrollarse con caracteres nuevos también. Podrían variar las apreciaciones respecto á las ventajas ó á los inconvenientes que trajeron las invasiones, y abundaban en efecto las disertaciones y hasta las polémicas respecto de lo que habría podido ser la civilización europea si las cosas no hubieran pasado como pasaron en realidad. Estas lucubraciones, más ó menos estériles, se referían, por regla general, á dar la preferencia al elemento romano respecto del elemento germánico, ó viceversa, pero sin que nadie, ó cuando menos la generalidad, pues nó es fácil hacer en esto afirmaciones absolutas, negara la influencia, buena ó mala, de los invasores.

Consideraba yo esto como teorema perfectamente demostrado, y á decir verdad así lo considero todavía, cuando en unos estudios, bellísimos como suyos, del Sr. Valera en la *Revista de España* acerca de la *civilización ibérica*, obra publicada por el Sr. Oliveira Martins, me encontré con las categóricas afirmaciones siguientes:—Los pueblos del Norte hicieron poco ó nada de muy estable en nuestras tierras.—El Sr. Oliveira Martins dice, con razón en mi sentir, que España fué conquistada, pero no germanizada. Ni siquiera nos trajeron los bárbaros el decantado individualismo germánico.—El periodo en que dominaron es el fin de la Historia antigua y no el principio de la Historia moderna.—

Extiende la afirmación al resto de la Europa conquistada el:

autor de la *civilización ibérica*, pues no comprende que pueblos representados hoy por Alemania, Rusia é Inglaterra, cuyos caracteres políticos y sociales expresa lacónicamente y tal como él los considera, puedan haber sido hace siglos los campeones de la independencia.

Claro está que no entra en mi propósito el discutir tales afirmaciones, bastándome solo consignarlas; pero sí debo advertir lo mismo que al hablar de Roma en los comienzos de estos apuntes. Si tratándose de acontecimientos de importancia capital es posible que se hagan apreciaciones tan encontradas, y por personas cuyo talento é instrucción no puede ponerse en duda, parece necesario admitir que estos hechos no son aun suficientemente conocidos, á pesar de las fuentes que para su estudio quedan, y de ser datos aprovechables los códigos y las costumbres, la literatura y las artes, las colecciones canónicas y las instituciones políticas, las actas judiciales y las disposiciones administrativas.

Y si en hechos de tan excepcional interés cabe la duda ¿qué no sucederá en otros de menos importancia?

Podrá replicarse que no se trata de un hecho, sino de la apreciación de un hecho, y que así como se discuten los resultados de las invasiones nadie pone en duda las invasiones mismas.

Dejando á un lado la cuestión de si la germanización de España, en mayor ó menor grado, toda vez que la germanización absoluta nadie podrá sin temeridad afirmarla, y la influencia positiva de los bárbaros en las provincias que dominaron constituye un hecho ó la apreciación de un hecho, pues me parece evidente que las consecuencias todas de un acontecimiento son hechos también que á su vez engendran otros; presentaré en defensa de la tesis que palpita en estas indicaciones otro dato acerca del cual no es posible establecer la diferencia, más aparente que real en estos casos, entre hechos y apreciaciones. Me refiero á los temores que se dice agitaron á Europa en la décima centuria de que se acabase el mundo en el año mil. ¿Hubo ó no hubo tales temores? El hecho no es ciertamente de aquellos que puedan ser considerados insignificantes, y pasan desapercibidos. Sin embargo es todavía hoy un asunto objeto de controversia, y aunque se han publicado en estos últimos años disertaciones críticas de subido valor probando la falsedad del hecho, todavía en obras recientes, pues alguna fué publicada en 1887, se afirma la existencia de los temores; todo lo cual demuestra claramente la ignorancia en que aun vivimos relativamente á los materiales históricos y la tarea á que principalmente deben consagrarse los que se dediquen á este linaje de estudios.

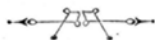
Afortunadamente la opinion se ha pronunciado ya resueltamente en tal sentido, como probaré despues; y, sin perjuicio de atender á consideraciones de más elevado órden, puede asegurarse que asistimos á un verdadero renacimiento, estando Europa convertida en inmenso taller donde se analizan y aquilatan todos aquellos elementos que constituyen el objeto propio de la Historia, y sin los cuales ni puede realizarse el fin de la misma, ni debe nadie sin temeridad notoria lanzarse á la investigacion de leyes que solo podrán encontrarse por induccion, siendo como son los hechos su resultado y su manifestacion externa.

Z.





## INTERVIEW. (1)



—A la órden de V., mi General.

—¿Usted por aquí! ¿Qué viento le trae, amigo mio?

—El del arrepentimiento, mi General; no he podido resistir más tiempo. El periódico de más circulación defiende las reformas del General—me decía la conciencia;—el General sabe más que los senadores en el Senado, manda más que los otros Generales en la Junta consultiva; luego el General debe tener razón. Y si V. tiene en algo mi conquista, dignese desvanecer algunas ligeras dudas, resabios de pertinaz oposicion, y yo seré en adelante el más ardiente defensor y propagandista de sus célebres reformas.

—Mucho celebro semejante cambio; pregunte V. lo que se le ocurra, y quedará V. satisfecho.

—Pues, aprovechando la amabilidad y el permiso, empiezo; y para ahorrar tiempo, dejaremos á un lado las pretensiones democráticas de las reformas, que de tal modo sulfuraron á Abarzuza; ya sé que eso á V. le importa poco, y que le basta la apariencia...

—¿Cómo apariencia? ¡Vaya un defensor que me he echado! ¿Con que no es democrático el servicio universal obligatorio? ¿No es democrático proscribir ese tráfico vil en que se cambia sangre por un puñado de monedas?..

—Billetes, mi General; moneda no se ve una; dispense V., pero en esta parte del asunto nada adelantaremos con discutir. Ya ve V., el que pueda mantenerse un año, vestirse y armarse á su costa y pagar 600 pesetas no irá

---

(1) Con el mayor gusto damos cabida en nuestras columnas á la conferencia que en sueños debe haber celebrado algún hidalgo asturiano con el señor Ministro de la Guerra, conferencia que llega á nuestro poder autorizada con la firma de un distinguido jefe del cuerpo de Ingenieros, cuyos talentos no permanecen ociosos en su situacion de retirado

(Nota de la redaccion de *La Epoca*)



á Cuba, donde, con guerra ó sin ella, se arriesga el pellejo; tampoco irá el que pague 2 000, y ese además quedará exento del aprendizaje militar. El de las 600 pesetas sólo servirá un año, es decir, que tendrá las dos terceras partes de probabilidades de que en un pronunciamiento no le rompan la crisma. Ustedes dicen que ahora el ejército es una escuela, y que todos deben de pasar por ella, á ser posible; pero entonces el pobretón de buena capacidad, que al año de servicio supiera tanto como el señorito de las 600 pesetas, debía salir de la escuela, sin que fuera parte á impedirlo no haber comido y vestido por su cuenta. Desengáñese V., mi General, esos voluntarios de un año se inventaron en Prusia con el objeto de hacer de ellos oficiales de la Landwehr; y en Prusia se procura que la oficialidad sea un cuerpo aristocrático, si no por el nacimiento por la posición social y por el espíritu corporativo; así, querer que en España aparezca la institución como democrática es imposible. Demasiado sabe V. que esos caballeritos, voluntarios de un año, tendrán su guarnición en Madrid, Barcelona, Sevilla; alternarán con los oficiales, estarán matriculados en la Universidad (no digo que irán á clase), y si llega otro periodo de exaltación política, pondrán cátedra en el cuartel, para probar su superior ilustración. No hemos de entendernos, ni hace gran falta, con que si V. gusta pasaremos á otro asunto.

—Pasemos, pues; pero ya ve V. que Francia republicana, Italia democrática ..

—De eso trataremos en seguida. Una de las cosas que más me intrigaron (hablando de reformas lo castizo es lo de ménos) en su último y aplaudido discurso, fué ese temor á complicaciones belicosas ..

—¿Y eso le choca á V.? ¿Pues quién duda que una guerra cae sobre una nación cuando ménos se piensa? ¿No ha visto V. á los rusos batiéndose en Suiza, en Italia, en Francia? Pues bien lejos estaban. ¿Cómo había de soñar Guatimozín en que un vecino de Medellín nacía con la estrella de darle el más soberano disgusto?..

—Verdaderamente... Sólo que yo me había forjado una así como ley histórica, durante la cual me linonjeaba de poder predecir para España largos años de paz exterior, y razonaba así: Las guerras caprichosas y dinásticas han acabado; todas las importantes de este siglo han tendido á crear grandes naciones con caracteres étnicos, perfectamente marcados; los dos pavorosos conflictos europeos del siglo XIX son el franco alemán y el turco-eslavo. En el primero, Alemania trata de afirmar su nacionalidad con el prestigio de la victoria, único capaz de combatir el prestigio social alcanzado por Francia entre los germanos, merced á las aficiones de Federico el Grande y al influjo napoleónico sobre los soberanos de la confederación del Rin; Francia ha luchado contra esa unidad que, al privarla de su influjo en Alemania, le cerraba un mercado magnífico para las producciones delicadas de su genio artístico; pero hoy se ha resignado, y mientras que Alemania no se desuna, ni querrá, ni podrá meterse en aventuras. En Oriente mangonearon al principio las potencias occidentales, por resabios de política añeja, difíciles de desarraigar; hoy todo hace creer que la cuestión se ventilará entre rusos, turcos y húngaros. España é Inglaterra no tienen problemas europeos, y los coloniales nadie piensa en resolverlos con Exodos de ciudadanos armados. Afirmábame en

mi creencia el estudio de la historia moderna, y recordaba à Francia esperando con calma la satisfaccion de un sangriento agravio, à Alemania tolerando que su escudo rodara por las calles de Madrid, à España sufriendo que su Soberano fuera insultado por el populacho soez de París; y en otro orden de intereses, los católicos resignados à la pérdida del poder temporal de los Papas; los tradicionalistas indiferentes à la caída de antiguas dinastías; todos los filósofos, todos los políticos, bastante conformes en la designacion del plano paracelario del centro de Europa. Y por todo esto, y por otras muchas reflexiones y ejemplos que omito, habia yo aceptado la ley de marras.

—Pero V. comprendera que todo eso son filosofías; yo, ocupado en llegar à donde he llegado, no he tenido tiempo para pensar en esas cosas. Lo práctico es que el día de mañana, la Francia puede apeteecer nuestras provincias catalanas, ó las vascongadas...

—O puede reclamar la casa de Chamartín donde se alojó Napoleon I, como recuerdo histórico; convenido, mi General; el diablo las carga, como dicen los chicos. Pero entonces no veo yo claro que con nuestros 300 000 hombres de primera linea podamos hacer cosa mayor contra 800.000 franceses.

—Bien, hombre, bien. En ese caso no estaríamos solos; Alemania, Italia, Inglaterra...

—Malo, mi General, malo; no me toque V. à la diplomacia; nuestro mejor aliado somos nosotros mismos; nunca hemos tenido otro; pues si los ingleses nos ayudaron, fué por lo que ya habíamos hecho. Un firme propósito de no meternos con nadie, y de no permitir que nadie se meta con nosotros, es la quinta esencia de nuestra política exterior; y, dicho sea de paso, que con esto nos ponemos à la cabeza de la civilización, al menos en diplomacia..

—Aunque eso sea verdad, y no lo concedo, ¿no es mejor tener dispoeibles 300.000 hombres que 100 000? Además, yo sólo quiero preparar una guerra defensiva.

—Pero, mi General, si entre VV. los militares pasa como cosa corriente, que defensiva quiere decir derrota à plazo fijo...

—Entonces, ¿qué quiere V? que invadamos à Francia para tomar la ofensiva?

—Dios me libre de semejante pensamiento; solamente que yo tenía tambien en este asunto mi filosofía...

—Buena será ella; pero en fin, desembuche V. y le convenceré de su error.

—Amen. Yo decía: mientras tengamos todas las naciones un ejército cortado por el mismo patron, tendrá la superioridad aquella à la cual el patron venga de modelo por sus circunstancias esenciales é históricas; así es facil que nadie le ponga el pie delante à Alemania, y debe ésta ver con mirrullero placer que todas las otras quieren remedarla. Entre dos naciones, que reunan las mismas circunstancias, tendrá ventaja la que tenga mayor ejército; y así Francia podrá mirar con compasion nuestros 300 000 hombres. Ahora bien; cantidades heterogéneas no son susceptibles de comparacion numérica; si entre nosotros surgiera un reformador de verdadera inspiracion, tal vez ideara una organizacion militar à la cual no fuera aplicable el desconsolador aforismo (que vale para las organizaciones à la prusiana) de que defenderse es rendirse decentemente. ¿Cuál es esa organizacion de la que podríamos esperar la integridad de nuestro territorio? No lo sé; y por ahora no corre prisa el saberlo; pero lo

que si sé es que la organizacion prusiana nos promete matemáticamente una inferioridad insuperable. No podemos tener número para tomar la ofensiva; esa organizacion es fatal para la defensiva; luego estamos como queremos.

—Amigo mio, lo que prueba demasiado no prueba nada; de lo que V. dice se deduce que sería mejor disponer de 100.000 homzres que de 300.000...

—No, señor, no se deduce eso. ¿Sabe V. mecánica; mi General? Supongo que sí. Pues, si hay conflicto entre dos fuerzas de la misma direccion y sentido contrario, la mayor arroja á la menor, y el movimiento, aunque retardado, sigue en la direccion que traía, y en el sentido de la fuerza mayor. Pero, si á una fuerza, por grande que sea, le opone V. otra menor y convergente, la trayectoria se encorva, y el móvil rápido y pesado, que representaba la gran fuerza, no llega al punto á que salió dirigido. Por eso Napoleon Bonaparte, mientras luchó con ejércitos que le imitaban, sólo cosechó laureles; cuando tuvo que habérselas con el patriotismo español ó ruso, sufrió derrotas tan desastrosas como las que debió á las grandes masas de los aliados en Alemania, Francia y Bélgica. No tengo tiempo para sacarle punta al símil; peropuede V. hacerlo, si gusta.

—Sí, señor; saquémosle punta. ¿Cree V. en la homogeneidad de los ejércitos español y francés?

—No me gustan las exageraciones de ninguna clase, y los franceses tienen títulos sobrados para pasar por tan buenos soldados como otros cualquiera. Repito que tampoco á los franceses les sienta la organizacion prusiana tan bien como á sus enemigos; pero en Francia, para tener 800.000 hombres en pié de guerra, no necesitan siquiera doblar el efectivo de pié de paz; y nosotros, para tener 300 000, tendremos que triplicarlo. Los franceses apenas aumentan una cuarta parte de su caballeria, arma importantísima para las cuestiones estratégicas; y aun para los efectos morales; y en la artilleria, de tanta influencia en los combates, los sirvientes de piezas y los tiros de estas pertenecen por completo al ejército permanente. Así, pues, militarmente considerado, será mejor el ejército frances que el español. Pero, mi General, esto es hablar de la mar. Si á V. le parece vamos al grano, es decir, á la influencia que sus reformas han de tener en el modo de ser político y social del ejército. Hoy por hoy, esto es lo que más interesa, por no decir lo único. Conque, si á usted le parece...

—Dispéñseme V., amigo mio; en este asunto aún no estoy preparado; si V. quiere, vuélvase por aquí dentro de algunos días, y hablaremos.

—Convenido, mi General; muchas gracias por todo, y hasta pronto.

POR LA COPIA,

JENARO ALAS.

*Oviedo Diciembre de 1887.*





## La imaginación y el progreso científico.



Desde que á uno de los primeros ideólogos de los modernos tiempos le ocurrió llamar á la imaginación *la loca de la casa*, no se ha cesado de repetir semejante acusacion contra esta noble facultad del hombre. La frase ha hecho fortuna, como se suele decir, y todo el que quiera hoy pasar por sábio, ó por lo ménos, por hombre de ciencia, tiene que considerar como enemiga de ésta, á la imaginación. Observaciones, experimentos, hechos; he aquí lo que hoy se debe consultar y tener únicamente en cuenta, si queremos gozar del diploma de hombre sensato, pensador y sobre todo *positivo*.

Pero los que combaten á la imaginación como adversaria de la ciencia, no han parado mientes, en que no se trata de aquel fuego desordenado de la mente, que hace brotar con intermitencia relámpagos vivos é inciertos. La verdadera *imaginación* debe ser considerada como un sentido moral exquisito, que comunica grandes impulsos á la inteligencia, que permite ver más allá de lo ordinario, como una especie de penetración intuitiva de lo futuro; es, por decirlo así, la imaginación una segunda *vista* que en multitud de casos puede ser considerada como el sentido íntimo de la verdad.

*Imaginar* es ver, no los tipos de los objetos que se pueden crear, sino los objetos segun se revelan en los fenómenos de la naturaleza. He aquí por qué los caracteres especiales de esta activa y enérgica facultad son la inquietud de investigación, el tormentoso afán y el deseo del descubrimiento.

Por este motivo la imaginacion, tan desdeñada hoy, no se debe en manera alguna rechazar cuando nos ocupamos en el progreso científico: sin ella nada se descubre, nada se adelanta, puesto que nada se ensaya, ni nada se intenta, al ménos en gran escala. La ciencia tiene sus *quizás*, sus eternos *desiderata*, que no podrán desaparecer sino despues de mucho tiempo repetidos. Cuando se trata de los misterios de la naturaleza no se deben despreciar todas las ideas, todas las probabilidades, por vagas que sean: ahora, pues, ¿á qué facultad somos deudores de estos presentimientos, que tarde ó temprano conducen al descubrimiento de importantes verdades, sino á la imaginacion.?

Esta facultad recoge en los objetos de la creacion, en los fenómenos del mundo fisico, en el espíritu y en la materia, relaciones desunidas y muy vagas, que no pueden ser descubiertas por algun otro sentido. Háse dicho que la columna medio oscura y medio luminosa guía al viajero humano por los desiertos de la inteligencia, y puede sostenerse que no hay en las ciencias un gran descubrimiento, un principio fundamental, un axioma inatacable, en fin, un progreso que, en su origen, no proceda de la imaginacion. Puede considerarse esta facultad del hombre como la providencia del saber, puesto que por medio de su accion incesante arroja la primera semilla, aunque no siempre recoja el fruto. La imaginacion camina de lo que es, para llegar á lo que debe ser, y por su medio lo visible revela lo invisible. Tanto los primeros pasos del espíritu humano como los mayores adelantos, á que el génio puede llegar, son debidos á la imaginacion, que ha concebido y formado la ciencia; y hasta sus errores, corregidos despues, han contribuido á dilatar la esfera de nuestros conocimientos. Si el espíritu humano camina en pos de la ciencia, á la imaginacion es debido tan generoso impulso, porque es la única que busca, ensaya, agita, remueve, suscita, combina, halla é inventa, llamando continuamente á la puerta de lo desconocido, de modo que esta *loca de la casa* tiene con frecuencia el poder, de que carecen los sábios, de leer en lo porvenir.

Pero se nos dirá: ¿y el juicio y la razon de la experiencia no sirven de nada en la ciencia?

Sí; pero son *dii minores*. Desde luego debe, en cuanto posible sea, encerrarse la imaginacion en la esfera de la verdad, en lo que es rigurosamente conforme con los fenómenos: es preciso ponerle límites; mas nunca encadenarla ni estinguirla. Es muy cierto que si á un juicio sano y vigoroso, á un vasto talento, á una mirada segura, se sustituyen los arrebatos de una imaginacion tempestuosa y desarreglada, los hechos quedarán olvidados ó mutilados ó transformados; pero nadie negará que sin la imaginacion estos hechos serían un esqueleto, sin el *spiraculum vitæ* necesario para todo dato científico.

La *invencion*, señal evidente de superioridad intelectual, es la



obra principal de la imaginacion, viniendo despues el tiempo y la paciencia á coronar la obra. Solamente el genio posee su llama y su fiebre, y al trabajo corresponden las fatigas y vigiliass; pero con toda su omnipotencia, el juicio nada crea; si gobierna, no engendra; si dispone y arregla y ordena, carece por completo del *fiat* fecundador.

Es, pues, la imaginacion, no sólo el elemento esencial de las bellas artes, sino tambien el *principio de los descubrimientos y del progreso* en las ciencias de observacion. No se nos tache de confundir la imaginacion con el genio, nó; pero tienen intimas relaciones. ¿Qué es el genio? El punto culminante donde se reunen la imaginacion y la lógica, el entusiasmo y la reflexion, lo ideal y lo real. El genio no puede existir sin imaginacion; pero á la vez está unido á una razon poderosa y elevada, por cuya razon se ha definido *un sublime buen sentido*. Siempre la imaginacion forma parte integrante del genio, y dichosos los talentos que á la vez pueden ser *iniciadores y organizadores*. Aquellos espíritus ardientes, investigadores, entusiastas, tienen á causa de su imaginacion, aquel instinto de los hombres superiores, que los ilumina al estudiar los fenómenos y los misterios de la naturaleza, mientras que estos, colocados en más baja esfera, ora siguen la trazada senda, ora la desbrozan con trabajos de poca monta; puede decirse en el primer caso, que muchos son los llamados y pocos los escogidos. Multitud de nombres pudieran citarse en cualquier ramo del saber humano. ¿Qué han sido Miguel Servet, el descubridor de la circulacion de la sangre, Paracelso, Stahl, Boerhaave, Bertollet, Volta, Bary, Laplace y otros muchos, sino hombres dotados de potente y vasta imaginacion, aunque en grados diferentes? Línneo, padre de la botánica, sábio y escrupuloso investigador, poseía esta facultad en alto grado y las aplicaba á los más minuciosos detalles de la ciencia. Haller, el cantor de los alpes; Bonnet, de Saussure, se han servido de la imaginacion sin que dejasen de apoyarse en los fenómenos sensibles. Téngase en cuenta que esta facultad era tan predominante en dichos sábics, que muchos trabajos suyos han sido desdeñados por sus coetáncos, porque la fortuna de las verdades es más duradera, aunque mucho más lenta, que la de los errores.

Bacon adivina la atraccion y Newton la demuestra: éste á su vez adivina la combustion del diamante, y para la química moderna es ya esta una verdad trivial.

John Mayow descubre una especie de gas diferente del aire comun, y un siglo despues Sundan Kiestley y Lavoissier la química neumática. Nótese que la mayor parte de estos grandes hombres han pertenecido en su época al número de aquellos *visionarios*, blanco del ridiculo de los sábics, porque como ha dicho un critico, *la gran vanidad de los que no imaginan, es creerse los únicos juiciosos*.

Sobre todos los hombres de poderosa imaginacion que pudiéra-

mos citar está Napoleón el grande, el genio de los modernos tiempos. Es verdad que ninguno fué más exacto ni más positivo que él, que necesitaba para ejecutar sus planes hombres fríos y juiciosos, pero firmes y resueltos, *cuadrados por la base*, según él mismo decía; pero nadie tenía imaginación más exaltada que él. *Su pensamiento*, que, según la expresión de un poeta, *volaba sobre las alas del relámpago*, tenía siempre algo de grande, de extraordinario y de gigantesco. Muchas veces le daba cuerpo valiéndose de una imagen vigorosa y hasta de un símbolo oriental; pero como sucede á todos los genios, contenía su imaginación por medio del buen gusto y del buen sentido.

Sin embargo, la imaginación, que siempre es el distintivo de un mérito superior, preséntase según los individuos, en proporciones y formas diferentes; le sucede á esta facultad lo que á las demás; jamás se hallan armonizadas. Hállanse talentos que ansian marchar rápidamente á luz, é impacientes por encontrarla, ora descienden á profundidades inmensas, ora se elevan á incalculables espacios. Les espolea, les incita lo desconocido, lo inexplorado y hasta lo maravilloso. En este impetuoso arrebato, en esta necesidad de marchar hácia adelante por cualquier camino, adviértense frecuentemente vastas ideas, indicio cierto de talento penetrante y atrevido. Pero sino hay bastante método, si por medio de un detenido y escrupuloso análisis, no se eligen los materiales convenientes, resulta, por desgracia, que no se profundizan los objetos y que, por decirlo así, no se ha hecho más que arañar la tierra en vez de abrirle hondo surco. Rayos de luz iluminan los objetos, atíbase algo, pero no se fija la luz: hay fuerza, pero esta fuerza se desborda por estar mal contenida y peor dirigida. No obstante, obtiéndose de ordinario algún hecho, alguna conjetura, alguna probabilidad, que andando el tiempo puede ser provechosa para la ciencia.

Cuestiones de mucho tiempo ya prejuzgadas por la imaginación, han sido después aceptadas por la razón y la experiencia. El problema consiste en guiar á la imaginación sin comprimirla ni ponerle obstáculos; he aquí el único medio de ilustrarnos en medio de la profunda noche de la naturaleza y del incommensurable océano de fenómenos, que Dios ha entregado á la humana investigación. ¿Cuántos ensayos y sistemas, hipótesis y tentativas y opiniones lanzadas al acaso no han sido el germen de los más notables progresos? La historia de las ciencias ofrece innúmeros ejemplos, y este resultado es debido á la imaginación, cuya esencia al parecer tiene algo de activo, de investigador, algo de inquieto que promueve mil cuestiones, que se lanza en pos de las ideas, que presenta problemas, los agita, los ilumina, aunque no á todos puede dar incontestable solución. Importante, aunque secundario es el oficio de la razón y de la experiencia, su fiel compañera, pues hállase circunscripto á ordenar y probar y meto-

dizar. La imaginación abre y explota la mina, y las demás facultades preparan el precioso metal, aquilatando su peso y su valor.

Si se presta oídos á los que pretenden que solamente se debe consultar el hecho desnudo, el fenómeno patente, la imaginación no puede pasar de la conjetura, de la hipótesis.

Además de ser esta asercion muy disputable, porque existen verdades que se descubren por una intuición luminosa y espontánea; no es dar un gran paso el conjeturar; ó lo que es igual, añadir lo probable á lo verdadero, que es lo que caracteriza la presciencia filosófica?

¿El arte de conjeturar bien no es el distintivo de los genios? Las hipótesis son como chispas á cuyo fuego enciende el talento la llama de la experiencia.

¿No es preciso tener siempre un objeto, un fin cualquiera antes de entregarse á la observación?

Todo experimento concluyente ¿no es una proposición, parte necesaria de un solologismo interno? Véase, pues, como la imaginación es el motor por excelencia, y sin este poderoso y enérgico resorte no hay acción, no hay movimiento progresivo. La región de lo *posible* es inmensa y á ella se encamina la imaginación, persiguiendo futuras realidades anticipase siempre á la experiencia, en vez de ser guiada por ella, porque no quiere ser aprisionada en el mezquino molde de los hechos; indignase de todo límite y maldice al Dios Término con que se le amenaza, debiéndole la iniciativa en todas las verdades científicas, porque todo gran descubrimiento antes ha sido *imaginado* que *observado*; la imaginación precede á la lógica, porque es necesario conjeturar antes que deducir conclusiones evidentes. ¿Quién sabe los precedentes inciertos que guiarán á Miguel Servet para admitir la circulación de la sangre, gloria sólomente atribuida á Harvey, que sólomente la demostró; los que movieron á Newton á descubrir la gran ley de la atracción universal antes de haberla probado por medio del cálculo? Las grandes ideas científicas germinan profundamente en el cerebro de algunos privilegiados antes de convertirse en hechos irrevocables, y no existe un concepto atrevido, ni temeridad filosófica que, convertida en una verdad común no deba su origen á la imaginación.

No se nos oculta que los anteriores asertos son contrarios á las ideas recibidas por el vulgo docto, más numeroso de lo que se cree, y parecemos oír mil voces gritando que nos perdemos en las nubes, que renunciamos á la realidad, que deificamos la abstracción: no nos sorprende este clamoreo, pues para el mayor número, lo que sólo es imaginable siempre es falso, ó quimérico ó ininteligible. Recházase toda idea *á priori*, y á lo más admítase por favor una teoría; el hecho, el hecho material y mezquino con un abismo de detalles es lo único que se admite por los talentos de corto alcance, quienes al parecer nada quieren aventurar, porque

todo concepto elevado y vigoroso les admira y les espanta. La jactanciosa garrulería de los observadores mediocres, que abundan como los hongos despues de la lluvia, nos induciría á creer que se hallan en terreno firme si los resultados y aplicaciones no demostrasen lo contrario. Todo lo que no sea el árido guarismo es nada para estos materialistas, que con todo su saber no poseen el secreto de nada, puesto que el secreto es el *principio*.

Mas se nos objetará: ¿la imaginacion no puede conducir al entusiasmo, que ciega siempre á su victima?

Esta objecion es un lugar comun hasta la saciedad repetido por quienes piensan que en la ciencia no se trata más que de ver para ver bien.

Todo lo contrario; es preciso que la imaginacion llegue hasta el *entusiasmo* cuando se trata de hacer un descubrimiento importante y obtener todos los resultados posibles, porque el entusiasmo comunica aquella fuerza de atencion apasionada, verdadero buril de la memoria, aquella sagacidad investigadora, aquella sutileza de órganos y de sentidos, que tan necesarias son para estudiar los fenómenos de la naturaleza (1). Con una imaginacion vasta y penetrante, esto es, con mayor sentido moral, se ve mejor todo lo que se ve, y las grandes observaciones que se obtienen dependen de la imaginacion, que puede confundirse con el genio. Los hombres de imaginacion fria gozan casi siempre de una razon débil que se detiene en la superficie: por el contrario, la imaginacion vigorosa estimula el poder de observar, y los sábios á quienes inspira son los que tienen más exatitud y paciencia, porque viendo desde un punto más elevado y á mayor distancia, abrigan convicciones profundas y sienten la necesidad de reunir mayores pruebas para apoyar sus ideas. Toda vitalidad intelectual depende esencialmente de la imaginacion, considérense como se quiera las facultades de la inteligencia humana, y lo que se inventa, ó se descubre ó se cree descubrir, es de inmenso interés para el que examina, investiga y medita. No se arrastra entonces por la superficie de las cosas, sino que sondea y profundiza sin temor á la fatiga ni al desaliento, hasta que ve aparecer el fruto de su trabajo. Observar mucho y bien y por mucho tiempo es, por consiguiente, una de las condiciones de la imaginacion, porque anima y sostiene al observador, quien además no puede ignorar que la verdad es una, y que nada se debe omitir para conocer todas sus relaciones. ¡Desgraciado del sábio y

---

(1) El célebre Lagranje confió al Dr. Virey, segun refiere Foissac en la *Higiene del alma*, que debia la resolucion de muchos problemas de geometría al éxtasis en que le sumerjia la audicion de arrebatadoras piezas de música, tocadas por buenos instrumentistas—Avicenna, médico y filósofo árabe citado por Reveillé—Parisse en su *Higiene y fisiologia de los que se dedican al estudio*, decia que *todas las cosas obedecen al alma arrebatada en éxtasis*.

del artista que no esté devorado del hambre de lo desconocido, sin la cual no hay creacion ni invencion, ni trabajo notable! ¡Desgraciado! Su puesto se encontrará entre las vulgares medianías, y no se podrá decir de él *que ha sido amado por Júpiter*.

Si se examina el origen de los grandes descubrimientos, de los métodos, de los sistemas que más influencia han ejercido en las ciencias, por doquiera se hallarán huellas del fuego de la imaginacion, pues para ser un hombre superior no basta tener talento lógico, no, sino que es preciso poseer aquel ardor, aquel arrebató de temperamento, aquel fuego sagrado, que comunica á la ciencia un impulso vigoroso que no se encuentra sino en la imaginacion vasta y poderosa.

Algunas veces sucede que la imaginacion hace, por decirlo así, explosion, revelando su perpetua y misteriosa energía.

¿Quién no ha oido hablar del crimen cometido por Benvenuto Cellini, que asesinó al modelo elegido para esculpir un crucifijo, á fin de sorprender mejor los rasgos de un agonizante? ¿Quién ignora el arrebató de Arquímedes, corriendo desnudo por las calles de Siracusa, gritando *Eureka*? Bernardo de Palissy despues de una prueba que tuvo buen éxito, dijo que le habia causado tal *alegría*, *que pensaba haberse convertido en un nuevo ser*. Cuando el ilustre químico Davy descubrió el *potassium* y el *sodium*, se volvió loco de alegría: *Diu nos torserat... usque ad vesaniam*, y empezó á saltar y á bailar en su laboratorio. ¡Ah! Los genios privilegiados se embriagan muchas veces con las voluptuosidades de la ciencia, porque saben que una sola verdad útil y demostrada, añadida al acerbo del saber humano recomienda su nombre á la eterna gratitud de las edades.

Pero se nos dirá: ¿el entusiasmo no tiene algun inconveniente? Sí, pero nuestra afirmacion sólo tiende á demostrar, con imaginacion siempre se puede esperar algo, y sin ella, nada. Necesario es para todo progreso científico que el entusiasmo esté templado por la razon y por el buen sentido, la imaginacion escita y da alas; el juicio pesa, examina, modifica, y despues la experiencia confirma. Si la imaginacion no se apoya en el hecho, en el dato material, se estraviará, porque el espíritu humano, semejante al Anteo de la fábula, que recobraba sus fuerzas cuando apoyaba su planta en la tierra, y las perdía cuando se levantaba, puesto que se le quitaba su punto de apoyo; el espíritu humano, decimos, no puede *pro hic et nunc* ejercer sus funciones sin el órgano, sin la materia, á que misteriosamente se halla adherido. Verdad es que el hombre, por despreciar orgullosamente los hechos y la experiencia, cae en las nebulosidades del idealismo; pero para evitar éste, ¿por qué se ha de caer en el vicio opuesto, en el exceso del materialismo científico? *In vitium ducit culpæ fuga si caret arte*. ¿Por qué considerar como enemiga á la imaginacion, hablar de sus extravíos y olvidar ó negar su benéfica influencia? ¿No existe una imaginacion, sabiamente atrevida y ordenadamente libre? Dicese que no crea más



que quimeras, que sus partos no son duraderos; así es algunas veces; pero ¿no sucede lo mismo con los edificios que construye el raciocinio, con los pretendidos resultados de la experiencia, con ciertas aplicaciones prácticas, que hoy se encuentran reducidas à polvo en el panteon del olvido? No, el experimentalismo, ó mejor dicho, el positivismo solo, no puede hacer progresar la ciencia, así como el ojo sin el telescopio no puede interrogar las profundidades del cielo. El positivismo, siempre mezquino, siempre incompleto, sin vuelo, sin amplias generalizaciones, no puede espaciarse sino por limitados horizontes, frecuentemente falsos y exclusivos; pero si la imaginacion anima sus frias investigaciones, si funciona este potente excitador, entonces elevase y se agranda el objeto, hace la ciencia rápidos progresos. Nadie, pues, nos negará, atendiendo à las razones expuestas, que la imaginacion es una base tan indispensable en todo descubrimiento ó en toda gran concepcion científica, como indispensable es un juicio profundo y exquisito para componer un poema ó pintar un cuadro que maraville las edades (1).

Hay más: los datos de cualquier problema científico le pertenecen igualmente, porque sólo ella tiene el poder de concebir las más remotas relaciones, la infinita variedad de hechos; sólo ella puede reunirlos y coordinarlos en vasta y luminosa sintesis; sólo ella puede establecer el hecho primordial, causa de otros innumerables, y darles la trabazon científica para componer un cuerpo de doctrina y deducir conclusiones evidentes; porque sino, ¿de qué servirian los hechos más brillantes y positivos, si quedasen aislados? Semejante procedimiento exige un talento vasto, una potencia de imaginacion, una profundidad de observacion y una seguridad de juicio de que pocos pueden engreirse; la induccion es el *espíritu* que anima al *verbo* y los pocos que han poseido este espíritu, lo pierden pronto; diríase que la imaginacion es la fuerza del Creador, concedida por un instante à la criatura; el hombre la recibe, pero no la puede medir; hállase en él, pero no es de él. Por esta causa en las ciencias de observacion es muy fácil contar, pesar, medir y examinar; pero muy difícil asentar principios sólidos y fijos; la iniciativa en estas ciencias pertenece al hecho material y sensible, pero sobre él existe el *sentido apreciador* ó el *mens*, cerniéndose como el águila en el espacio, sobre el vasto mundo de lo contingente.

A la experiencia sigue la ciencia, que se apoya en aquella, pero excediéndola y completándola por medio de las relaciones, que sabe encontrar entre los hechos, llegando de este modo al punto cul-

(1) Hase dicho y no sin razon, que Arquímedes tenia tanta imaginacion como Homero; y lo mismo pudiera afirmarse del cuadro de la *Transfiguracion*, obra maestra de lógica y de fantasia: nada hay grande, ni perfecto, ni eterno sin estos dos elementos artísticamente fundidos en unidad sublime.

minante de la filosofía científica. Por este motivo cuanto más vasta y penetrante sea la imaginación, serán más múltiples las relaciones de los hechos, más fácil comprender su analogía, más fácil coordinarlas para formar un todo y obtener aquella ciencia, *cuyo principio contiene todas las consecuencias y cada uno de estas su principio*. Nos parece que la radical de toda síntesis fecunda se encuentra en una poderosa imaginación, porque ésta contiene el mayor número posible de hechos, de ideas y de relaciones, por lo cual con esta facultad se puede poseer—¡raro privilegio!—la evidencia intuitiva, y la evidencia *deductiva*, columnas de toda ciencia; pero sin el conocimiento de las relaciones nos veremos obligados á renunciar á una y á otra.

Un filósofo ha dicho: «Con un vasto talento de observación se puede desconocer lo infinito del universo en grande; pero con este talento y el de la intuición, se podrá descubrir lo infinito en un insecto, en un grano de polvo, en una gota de agua.» No nos debe extrañar esta afirmación: ¿no ha demostrado Newton que la misma fuerza que obliga á caer á una piedra ó á una manzana, encadena los astros en sus órbitas? ¿No halló el Tiziano toda la armonía del colorido y del claro-oscuro contemplando cuidadosamente los matices de la luz en un racimo de uvas? Kant, con su vista de águila, ¿no descubrió á Urano en los abismos del espacio antes de que Herschell, con su telescopio, dijese: «¡Aquí está!» Y en nuestros días ¿Le Verrier no halló por medio del cálculo un planeta que por algún tiempo se escondió á los más delicados instrumentos astronómicos? Únicamente por una serie no interrumpida de relaciones, por el hilo de las analogías, se pueden obtener semejantes resultados: la imaginación es una maga que ve lo que es y lo que puede ser, y semejante al espacio y al tiempo, contiene en su vasto seno los hechos y las ideas, lo cierto y lo posible, las verdades conquistadas y las presentidas.

Si tiene el poder de inventar, tiene también el de fecundar con paciencia, disponer con sabiduría, coordinar con habilidad; el juicio no podría hacer todo esto, porque marcha con lentitud, porque no ve á mucha distancia. La inducción *ascendente* de Bacon, á que con rigurosa exactitud llamó *scala intellectus*, y que en verdad ya había sido practicada por la filosofía escolástica, hoy por desgracia tan desdenada, este método, que por algunos se considera como el de la verdadera filosofía, está también sujeto al dominio de la imaginación.

De Maistre ha dicho *que es preciso que se unan dos verdades para producir una tercera*; pero el método analítico únicamente empleado sería estéril, porque no puede abarcar un conjunto, ni deducir conclusiones capitales.

Verdad es que no todas las ciencias son susceptibles de semejante rigor: las hay que al pasar de una proposición á otra descubren el orden que las coordina, los lazos que las unen, la identidad que las confunde; en una palabra, la unidad del objeto en que

se apoyan; por ejemplo, en las matemáticas todo se halla unido y trabado; hay una verdad primera, una segunda, tercera, etc., y la quinta verdad se halla en la cuarta, y ésta en la tercera; pero en ninguna otra ciencia es posible proceder con este rigor, porque la cadena se rompe á cada instante, y aun guardando la mayor exactitud no se puede llegar más que á aproximaciones. Sin embargo los dotados de gran imaginación, puesto que, como ya llevamos dicho, abarcan más relaciones y afinidades en los fenómenos, son los únicos capaces de fundar una síntesis, una teoría, una doctrina, elevándose á la dignidad de legisladores de la ciencia. Por este motivo son tan raros, mientras que abundan los observadores. Esto mismo explica por qué los mismos objetos producen tan diversas interpretaciones. Todas las verdades se traducen en hechos; mas varía el modo de apreciarlas según el talento del observador; pero todo aquel que posee imaginación penetrante, podrá fundar con certidumbre, asentar bases sólidas, contemplar la verdad y apoderarse de ella, por decirlo así, sustancialmente, y descubrir mejor el punto de reunión de las verdades, porque la verdad universal no es más que el punto de convergencia de los hechos y de la cadena de todas las relaciones.

Sin la hipótesis, que espanta á los talentos pequeños, se arrastraría eternamente la ciencia en un mezquino empirismo, porque ver siempre, tocar siempre, siempre medir, siempre pesar, siempre analizar, referirse siempre á los sentidos, es entregarse á guías insuficientes, es detenerse en las apariencias, es abjurar de la filosofía de la ciencia, cuyas elevadas abstracciones no se deben despreciar, como hacen hoy muchos que se tienen por pensadores.

¿Qué es idealizar ó abstraer sino comprender la realidad con mas profundidad que el vulgo, y apreciar el lazo oculto de las cosas y de los hechos, de las causas y de las manifestaciones fenomenales?

Sin embargo, la palabra *imaginación* inspira desconfianza, porque apenas se concibe su valor en la ciencia. Créese que se ocupa siempre en visiones absurdas, *nébulae per inane volantes*, lo que es un gran absurdo. Cierto es que á la ciencia es muy funesto el sistematizar *primo intuitu*, el generalizar por suposición, pero el no generalizar nada ó muy poco, el atenerse al hecho material, entraña no pocos peligros. Las utopías, las quimeras, los espléndidos sueños, son hijos de los sistemas; pero no es ménos cierto que á ellos se deben los grandes principios, las axiomas fundamentales, la acción, el movimiento y el progreso. Lánzase á veces la imaginación desenfundada en el vasto campo de las conjeturas; pero el positivismo sólo con su orgullosa infatuación, con su lógica limitada, más ó ménos llena de sofismas y de estadística, ó no descubre la verdad, ó la disfraza ó la ahoga en deducciones inciertas, en asertos contradictorios, ó en un montón de guarismos.

Pero se nos dirá: ¿á qué sistematizar si no conocemos todos los hechos? ¿Y qué importa? Si fuera necesario esperar la posesión ab-

soluta de todos los hechos para formular principios, no sólo no se descubriría jamás la verdad, sino que el buscarla sería tiempo perdido. Convierne, por consiguiente, al aumentar el caudal de nuestros conocimientos, valerse de los hechos conocidos y bien probados, sin lo cual no podría existir la ciencia. ¿Qué es la filosofía sino la última palabra de la humanidad? ¿Y cómo se puede llegar á la verdad absoluta, ó al ménos á la verdad relativa sino por medio de la escala de las inducciones y de las abstracciones? La historia de las ciencias prueba estos asertos, puesto que no es más que la exposicion de las doctrinas ó sistemas creados por hombres que dotados de potencia imaginativa, y descubriendo mayor número de relaciones y analogias en los hechos conocidos en su época, los han coordinado y trabado mejor, reduciéndolos á un cuerpo científico. El poder de reflexion de que se hallan dotados, suple felizmente á la actividad material, y á su imaginacion penetrante y atrevida unen una razon analítica, profunda y en especial una voluntad siempre activa, paciente y enérgica, persistente y tenaz, fuerte y vigorosa, que se adhiere á su objeto y no le deja hasta obtener lo que busca, ó al menos la certidumbre de no poderlo obtener.

Sin embargo, creen algunos que la imaginacion seduce y extravía siempre al juicio: apoyanse para sostener este aserto, en los errores en que suelen caer los partidarios de un sistema, sin comprender que muchas veces proceden las observaciones, del abuso del raciocinio, mas bien que de la facultad *imaginativa*. Véase lo que hoy sucede: hállanse muchas personas de gran raciocinio, pero muy pocas son las dotadas de cierta *audacia inventiva* que forjen sueños, que muchas veces son, por decirlo así, la envoltura de la verdad. Prefiérese hoy arrastrarse en pos de la observacion, contar, pesar, y medir, y acoger todo lo que sale de la filosofía con soberbio desdén. Por este motivo, como no cambia la naturaleza de las cosas, la ciencia permanece estacionaria ó adelanta muy poco.

Otra de las dotes reservadas á la eminente facultad en que nos estamos ocupando, y que no se debe pasar en silencio, es la de la *forma*, dote importantísima, sin la cual las demás pueden considerarse como nulas, puesto que una idea no se revela en todo su esplendor sino por medio de la forma con que se la presenta. ¡Cuántos descubrimientos, qué de hechos y opiniones importantes, cuántos pensamientos profundos yacen en el olvido, *quia carent este sacro*, si así podemos espresarnos! Preséntense estas ideas y estos hechos como deben aparecer, y al punto arrebatarán á los más indiferentes y hasta podrán regenerar una doctrina. El complemento del genio se halla en la energía, y en la exactitud y belleza de la expresion, es decir, en la forma. ¡Desgraciado el pensador que no abrigue un sentimiento luminoso y profundo de lo que le parece ser la verdad! Si por un poderoso esfuerzo de *imaginacion* y de lógica no abarca el conjunto y los detalles de su

trabajo; sino sabe presentar con evidencia el principio generador, deducir luego con método y claridad las consecuencias más próximas y las más remotas; si ignora el arte de emplear los recursos de un estilo conveniente; si careciendo de la originalidad de formas, de aquel toque valiente y profundo que graba para siempre el pensamiento, de aquella plenitud y fuerza de sentidos, de aquella verdad de expresión viva y firme que seduce y cautiva al lector, desarrollará sus ideas con lánguida pesadez, desaliñada y soporífera será su frase, indigesto y poco atractivo su estilo. Podrá ser un sabio, podrá exponer amplias ideas, pero jamás logrará establecer una vasta síntesis, ni fundar una doctrina que conmueva las opiniones dominantes, convenciendo a sus contemporáneos, y abriendo a la ciencia nuevos y dilatados derroteros.

Pero se nos dirá: ¿a qué tantos preceptos? ¿No basta para esponer sus opiniones y trabajos, método en las ideas, sencillez y claridad en el estilo? Sí, basta; pero no es tan fácil ser sencillo y claro, cualidades que no deben confundirse con el estilo pesado, pedantesco y rastrero. Lo que se debe embellecer con cierta medida, es lo que más trabajo cuesta, precepto de gusto proclamado hace ya mucho tiempo por un gran maestro, y que en especial es aplicable a las cuestiones científicas. La verdadera sencillez del estilo consiste en colocar siempre la mejor palabra en el mejor lugar, en que haya perfecta armonía entre el signo y el pensamiento, lo que necesariamente supone abundancia sin lujo, magnificencia sin ostentación, sobriedad sin aridez, precisión sin oscuridad, y principalmente una especie de abandono tan distante del temor y del desorden, como de la aspereza y de la negligencia. ¿Y es esto tan fácil y tan común? Lo cierto es que el juicio solo, sin algo de imaginación, *mica salis*, que anime y de colorido a la expresión, jamás podrá esponer con exactitud y perfección las bases y el conjunto de una doctrina. Un raciocinio exacto ayudado de un conocimiento completo del asunto, puede hasta cierto límite convencer; pero, el arte de penetrar el espíritu, de persuadirle y de subyugarle, pertenece indudablemente a la imaginación. Necesítase que un pensamiento activo y un tanto apasionado, fruto de profundas convicciones, dirija la pluma del escritor, y enseguida *rem verba sequuntur*: todo toma un aspecto análogo y puede entonces decirse que la ciencia de las palabras es también la de las cosas. Los hombres más sobresalientes en todos los ramos del saber, han gozado de esta preciosa facultad; todos han creído que la doctrina más exacta, más positiva debe mucho a las formas del lenguaje y que se le puede aplicar lo que San Agustín ha dicho de la virtud, que es más hermosa en un cuerpo hermoso: *gratior et pulchro vemens in corpore virtus*.

Bien sabemos que respecto a la forma en que se espone una doctrina, se puede con ella adornar un sofisma; como a un cadáver que se cubre de flores, y darle el aspecto y apariencia de la verdad y de la vida; pero el tiempo, juez infalible, separa lo verdadero de lo

verosímil, lo fastuoso de lo de lo sólido, y el éxito no será muy duradero. Inútil es advertir que al ocuparnos en la forma no nos referimos á vulgaridades pretenciosas de estilo, ni al rebuscado amaneamiento de expresion que afectan tantos escritores, ni á las brillantes rizos de espuma, fugaz adorno de un vago y sentimental lirismo; no, nos referimos á una composicion fuerte, digna de una inteligencia levantada, cuyo estilo se empapa en la granleza de su asunto. Aun debemos añadir que la poderosa intervencion de la imaginacion en la forma no excluye la lenta y laboriosa madurez de una obra, que es lo que constituye su mérito y su vida: no, además de sus inspiraciones, de su fuerza de atraccion lógica, revela la imaginacion su influjo hasta en los detalles que son producto de un tranquilo trabajo.

Hagamos punto final: rápidamente hemos considerado á la *imaginacion* bajo sus más varios aspectos en el órden científico procurando vindicarla de la desdeñosa é insolente compasion de los materialistas y positivistas que consideran al tiempo, reducido al minuto presente, y al espacio, limitado al pequeño horizonte que descubren sus ojos. Porque la imaginacion, en su rauda vuelo, se haya extraviado muchas veces, ¿hemos de despreciar sus atrevidas concepciones, sus luminosos descubrimientos? Orgullosamente desdeñosos—¿huiremos de las elevadas regiones de la inteligencia para sepultar, nos en la materia, que no nos ofrece mas que incertidumbre y dudas, esterilidad y retroceso?

Sueñe el artista, pues, con noble empeño,  
que el pensamiento humano,  
ni aun de las ciencias penetró el arcano,  
sin las alas quiméricas del sueño.

Sueña Franklin y atrae las centellas,  
sueña Watt y el vapor se hace fecundo,  
sueña Newton y fija las estrellas,  
sueña Colon y se descubre un mundo (1).

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.



(1) Velarde—Oda á *Murillo* inserta en la *Ilustracion Española y Americana* de 1882—



# REVISTA DE ASTURIAS

## CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atención al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



## PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA PROVINCIA.	FUERA DE LA PROVINCIA.
Un mes. . . . . 1 peseta.	Tres meses. . . . . 5 pts.
Tres meses. . . . . 3 >	Ultramar, medio año. 10 >
Un año. . . . . 12 >	Extranjero, un año. . 25 >



## Publicaciones de la REVISTA DE ASTURIAS

- I. *La Biblioteca Asturiana* por D. FERMIN CANELLA SECADES.
- II. *El Parlamentarismo* por D. ADOLFO POSADA.
- III. *El Darwinismo* por GENARO ALAS.
- IV. *Sobre el concepto de la Economía* de D. Gabriel Rodriguez por ADOLFO A. BUYLLA.
- V. *Monte-Esquina* (acuarela), por GENARO ALAS.—*El violín de un maestro de aldea* (cuento), por X.\*\*\*
- VI. *A. Sluys y la Escuela modelo de Bruselas* por ADOLFO POSADA

### EN PREPARACION.

*Apuntes para una historia del Teatro Español Antiguo.*—*Dramáticos de segundo orden*, por FERMIN HERRAN.